

# Palabras de clausura

## Mons. Fernando Ocariz, Prelado del Opus Dei

En primer lugar, quiero felicitar a la Fundación Catalina Mir por la iniciativa de este Simposio, que alcanza ya diez ediciones. Acojo con mucho gusto la invitación a pronunciar estas palabras de clausura.

Saludo especialmente al Señor Obispo de Jaén, don Amadeo, y al Señor Alcalde, don Julio Millán. También a los organizadores, ponentes y asistentes, así como a todos los que han hecho posible este encuentro.

En una primera mirada superficial, el título de esta edición del Simposio podría parecer paradójico, porque los conceptos de libertad y compromiso se presentan a menudo como contrarios y, sin embargo, son complementarios. Es más, se exigen mutuamente. Sin libertad no me puedo comprometer, y el compromiso siempre entraña una decisión libre.

Con ligereza se puede argumentar: "si soy libre es porque no acepto compromisos que me atenen e impidan mis movimientos". De igual modo, se puede razonar "si estoy comprometido ya he perdido mi libertad". Basta echar una mirada a nuestro alrededor -y quizá a nuestro corazón-, para descubrir que son muchas las personas que sienten el "peso" de sus obligaciones, de los deberes que surgen por las circunstancias de la vida ordinaria: familiares, laborales, sociales, etc. Es fácil entonces que nos inunden los escapismos imaginativos: una vida sin compromisos, libre de obligaciones, de lazos, donde tomemos las decisiones que más nos plazcan en cada momento, con una independencia absoluta, sin otros condicionantes que nuestro gusto o nuestro capricho. Desde la perspectiva de la libertad orientada al amor, sin embargo, es relativamente sencillo darse cuenta de que esa oposición es ficticia, pues el acto propio del amor es precisamente darse, entregarse. Y si tenemos claros los motivos de nuestros compromisos, los porqués de las obligaciones cotidianas, podremos cumplirlos libremente, por amor, aunque a veces nos cansemos y se nos hagan cuesta arriba.

San Josemaría ponía el ejemplo del siervo que recibió un solo talento. En vez de emplearlo bien le invade el miedo a perderlo: no se compromete, pero no por eso conservó la libertad. Eligió la sequedad de una vida sin fruto. Por eso, con palabras muy claras, escribía: "Nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad. Mirad, cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de ese amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad" (Amigos de Dios, n. 30).

Libertad y compromiso, amor y entrega, cumplimiento de las obligaciones y deberes con la libertad interior que proviene de hacer las cosas por amor. San Josemaría nos abre unos horizontes entusiasmantes, que dan luz a las realidades más vulgares de todos los días. El Señor nos ha creado libres para amar, y el acto propio del amor es la entrega, el comprometer nuestra vida al servicio de Dios y de los demás.

En este campo, encontramos un estímulo en las enseñanzas de san Josemaría, que fue un defensor de la libertad ajena y propia. A lo largo de estos días, habéis repasado estos conceptos tanto desde el punto de vista teórico como práctico. En lecciones magistrales y testimonios, habéis comprobado la variedad de formas que presenta ese amistoso binomio -compromiso y libertad- en los más diferentes campos del obrar humano. También os habéis acercado a la figura de san Josemaría con la presentación de la biografía ilustrada "Que solo Jesús se luzca".

Encomiendo a Nuestra Señora, especialmente ahora bajo la advocación de la Santísima Virgen de la Capilla, patrona de Jaén, los frutos de estas jornadas de reflexión, que desde la ciudad del Santo Rostro han llegado a tantos rincones del planeta gracias a las retransmisiones en línea, de las que tanto hemos aprendido estos meses.